

[Artículo anterior](#)[Artículo siguiente](#)*Rango del artículo* | *6 ene 2013* | *La Vanguardia*

La levedad de la diplomacia con China

La decisión franquista sobre el Manchukúo podría estar en el Guinness de los récords; el telegrama del representante franquista en el que pedía instrucciones para su reconocimiento diplomático salió de Tokio el día 5 de noviembre de 1937 por la noche hacia Roma, de donde fue retransmitido a Salamanca. La contestación, también por medio de la embajada en Italia, llegó el día 7. Ciertamente, no hubo mucho debate sobre ello y es probable que lo decidiera en solitario el director del gabinete diplomático, José Antonio de Sangróniz, un diplomático monárquico con familia en Filipinas que estaba en el punto de mira de los falangistas. Tomar esa decisión trascendental en tan poco tiempo no ha sido la única pifia diplomática española en China. En 1940, una misión económica española invitada a Japón viajó después también a Manchuria y a Nankín, donde visitó oficialmente a otro de los gobiernos marionetas nipones, el de Wang Jingwei, en la China central, cuando no había sido reconocido por los propios militares japoneses que lo habían puesto en marcha y menos aún por los italianos. Y tampoco fue obra de los miembros de la misión, cuyo presidente, el general africanista Alberto Castro Girona, que había sido nombrado por sus intereses en Filipinas, cometió numerosos deslices por su ignorancia. Tras ser advertidos por el cónsul en Shanghai, que se trasladó al Manchukúo para avisarles, Madrid autorizó expresamente la visita convencido de que el gobierno nacionalista de Jiang estaba "llamado a desaparecer". Después, tras la derrota japonesa de 1942, el Kuomintang recordó esos desplantes franquistas y sólo la presión estadounidense tras el estallido de la guerra fría logró doblegar las suspicacias en Taipéi para la relación oficial con la España franquista que, de cualquier manera, siempre tuvo un perfil gris, con el mismo representante todo un cuarto de siglo, José de Larracochea. Y Franco volvió a dejarles en la estacada en una de sus decisiones más estrambóticas, en 1973, cuando estableció relaciones con la República Popular China siguiendo la iniciativa estadounidense. A tenor de las memorias del ministro Laureano López-Rodó y de cómo fue enviado el representante español, Jaime de Ojeda, la decisión también fue tomada a la ligera y hubo más bromas que debates en torno a la llegada de un representante chino, siquiera fuera comunista. Un mal precedente para las decisiones aventuradas que España también sigue tomando con China.

Impreso y distribuido por NewspaperDirect | www.newspaperdirect.com, US/Can: 1.877.980.4040, Intern: 800.6364.6364 | Derechos de reproducción y protegido por la ley.

[Artículo anterior](#)[Artículo siguiente](#)